

MARVEL

¿QUÉ PASARÍA...

SI LOKI FUERA DIGNO DE ASGARD?

UNA HISTORIA DE LOKI Y LA VALKIRIA

MADELEINE ROUX

MARVEL

¿QUÉ PASARÍA...

SI LOKI FUERA DIGNO DE ASGARD?



MADELEINE ROUX

MARVEL

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugares y hechos que aparecen son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

© 2025 MARVEL

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Clara González-Bruzos, 2025

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-10362-25-3

Depósito legal: B. 13.676-2025

Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

ASGARD

LOKI, HIJO DE LAUFHEY, ESTABA CERCA DEL ACTO CRUEL EN SÍ Y LE temblaban las manos.

En lo más profundo de las torres de Valaskjalf, su padre yacía frente a él encapsulado en un ancho cilindro de oro puro. La estancia brillaba por su resplandor, por el halo que recubría la figura durmiente, y la intensidad de la luz variaba: un instante era tranquilizadora y al siguiente centelleaba con picardía. Todo a su alrededor era dorado, lo que daba a la habitación la apariencia de ser un lugar fuera del tiempo, un lugar de ensueño.

Un lugar donde todo, cualquier cosa, era posible.

Loki se acucilló, con los codos sobre las rodillas y las manos juntas, aunque los dedos le seguían temblando. Se había regocijado por su destino, pero nunca se había preocupado por las consecuencias. ¿Qué importancia tenían para un dios? No eran más que meros inconvenientes. Además, lamentarse le quitaba la gracia al asunto. Incluso esa, su jugada más peligrosa hasta el momento, tenía cierta gracia. Lo único que carecía de gracia era el dios que se encontraba ante él, Odín, hijo de

Bor, rey de Asgard, su padre adoptivo, aquella piedra grisácea llena de cicatrices por incontables batallas con una barba similar a líquenes escarchados. Pétreo, inmóvil. A Odín las bromas y gamberradas de Loki le resultaban molestas, pues, a pesar de su gran poder y longevidad, era un verraco sin sentido del humor.

«¡Qué desperdicio!».

—¿Con qué sueñas, Odín? —le preguntó Loki. Se puso en pie, sintiendo la sangre correr por sus piernas hasta los dedos de los pies—. No puedo decirte cuáles son mis sueños porque, donde debería haber color, desenfreno y señales, no hay nada. Una vez vi en ellos la silueta de un hombre que se alzaba sobre mí y pensé que eras tú, pero ahora no estoy tan seguro. Mis sueños están vacíos, padre, así que he de crear mi vida para que esté llena.

La puerta que había tras él se abrió y se cerró, haciendo que Loki se volviera.

Miró por encima del hombro y luego de nuevo a Odín. Sonrió, como si se hubiera distraído fugazmente con un recuerdo divertido. La enana llegó a su lado dando unos pasos torpes. Era de Nidavellir y tenía una mente brillante que solía pasarse por alto, como un bisturí disfrazado de instrumento romo. Loki la había descubierto durante una jornada de solicitudes ante la corte real, un trámite que su hermano Thor aborrecía y evitaba siempre que le era posible. Como ocurría a menudo, la reina Frigga era la encargada de atender las quejas de los ciudadanos de alta y baja cuna y resolverlas. A Loki le divertía presenciar tales trivialidades en la corte, pues las injusticias que se presentaban ante la reina le resultaban de utilidad. En esos momentos, la gente a menudo dejaba caer su máscara, impulsada por el dolor o la indignación, y decía más de lo estrictamente

necesario: secretos, crímenes e infamias. Por supuesto, Thor no veía ningún valor en ello, ¿cómo iba a hacerlo? El hijo predilecto de los dioses nunca se adentraría en los bajos fondos de la sociedad. A él no le servían de nada los secretos ni la vergüenza.

Loki era más listo.

—¿Lo has traído? —preguntó.

—Así es. —Kvisa, hija de Röks, vestida con pieles grises, cuero y cadenas, sacó un cristal que vibraba lentamente del interior de la bolsa que colgaba de su ancho cinturón.

La envolvía el olor de las forjas, un perfume curiosamente sulfuroso. Le tendió el cristal a Loki, con líneas de preocupación manchadas de hollín marcadas en la frente, pero, antes de que este pudiera cogerlo, Kvisa vaciló, apartándolo—. Mi príncipe...

—¿Es por él? —Loki señaló con la cabeza a Odín—. Ah, su presencia te inquieta.

—Me resulta extraño estar haciendo esto aquí. —Se estremeó—. No fue él quien rechazó mi petición.

—La reina Frigga responde por él mientras yace en el sueño de Odín —dijo Loki con impaciencia. Trató de coger el cristal de nuevo, pero ella no se lo permitió; lo agarró bien y lo aferró contra su pecho. «Desagradecida, insolente». Loki sintió una serpiente desenroscándose en su estómago y, con ella, el desagradable pero comprensible impulso de arrebatarse el cristal. Podía hacerlo.

Debería hacerlo.

—Tenemos un trato. Recular ahora es cobardía —dijo con un gruñido y los puños apretados. Una antigua magia violenta lo envolvió. No iba a permitir que desbarataran su plan, tan cuidadosamente elaborado, no después de haberse regodeado arrodillado junto a su padre.

—No lo sé —respondió Kvisa, retrayéndose.

—Sí lo sabes —suspiró Loki, dejando salir su lado bueno, por inusual que fuese. Habría sido más sencillo arrebatarse el cristal, pero era más divertido obtenerlo como era debido. De manera apropiada, con manipulación. Tenía que dárselo por voluntad propia. Al fin y al cabo, una parte del alma de Kvisa estaba ligada a él—. Con tu genial descubrimiento —susurró con sus verdes ojos brillantes tendiéndole la mano para que le diera lo que le pertenecía—, corregiremos muchos errores. No te acobardes, amiga mía.

Kvisa no parecía muy convencida. Cambiando el peso de pie, se mordió el labio inferior y dirigió la vista a la figura durmiente de Odín.

—¿Puede... puede oírnos?

Con una floritura, Loki se dio la vuelta y golpeó la brillante barrera que protegía a su padre. No hubo ninguna alteración en el interior, aunque el ruido resonó durante unos instantes por la estancia.

—¿Ves? —Loki rio para sus adentros—. No hay nadie en casa.

Dioses, era una mujer más terca que una mula. Kvisa se limitó a fruncir el ceño, todavía con el cristal aferrado a su pecho (a su juicio, con altanería). Y, así, Loki saltó sobre el lecho dorado y aterrizó sobre la barrera, haciendo que la brillante luz danzante se curvara a su alrededor, proyectando formas irregulares en las paredes y el techo. Kvisa alzó la vista; ya de por sí era bajita, pero con Loki alzándose triunfante sobre el cuerpo inmóvil de su padre lo parecía todavía más.

—Habla, demandante, ¿cuál es tu queja?

Kvisa abrió de par en par sus ojos esmeralda y se señaló a sí misma.

—Sí, tú. Tú, la demandante.

Esta esbozó una sonrisa de medio lado, sonrojándose. ¿Estaba jugando con él? La serpiente que Loki llevaba dentro siseó y su veneno comenzó a recorrerle las venas.

—Svansi, el líder de mi forja, se niega a utilizar mi nuevo diseño para el Destructor... —A medida que la enana hablaba, parecía ganar ímpetu y confianza y cada vez iba más deprisa; las palabras se le agolpaban y dejó caer la mano con que sostenía la gema, con los nudillos blancos de apretarla—. Es un imbécil, ¡y la reina también! Mi diseño es mucho mejor en todos los sentidos y permite controlar mejor el Destructor. Tal vez... tal vez haya algunas cuestiones sin importancia de seguridad que tener en cuenta, pero esas cosas son el enemigo de la innovación. Aferrarse a lo antiguo es obstinación y nuestra cohorte sufre por la estrechez de miras de Svansi. Hay que darle una lección, porque él no hace caso y la reina tampoco... —Desvió la vista hacia Loki y mostró una auténtica sonrisa, no una de medio lado—. Pero Loki, el hijo de Laufey, sí hace caso.

—Sí, sí. Deja que tus palabras empañen los sueños de Odín. —Loki rio eufórico—. Con su bota derecha, pisoteó con fuerza la cabeza de Odín a través de la barrera—. ¡Dilo otra vez! ¡Más alto!

—¡Loki, el hijo de Laufey, sí hace caso! —gritó Kvisa compartiendo su alegría—. ¡Es un dios visionario!

Loki pisoteó la cara de su padre una y otra vez mientras ambos reían.

—Lo único que lamento, mi querida Kvisa, es que Odín no estará despierto para verlo.

—Lo sabrá a su debido tiempo —dijo la enana con los ojos centelleantes por la luz que manaba del lecho protegido—. Tu gran ingenio será conocido, y también el mío. Ambos conseguiremos vengarnos.

Al fin. Al fin. La enana levantó la mano encallecida y la abrió, ofreciéndole el cristal, que vibraba seductor. Sin inmutarse, Loki lo cogió y una espiral de susurros surgió de la gema, envolviéndole el brazo. Era la voz de Kvisa, pero fantasmal, como si su alma estuviera gritando.

—Thor parte mañana —murmuró Loki, fascinado por el gélido poder que bullía en el interior del cristal. Ya tenía la pieza que le faltaba para que su plan siguiera adelante—. El idiota de mi hermano cree que se dirige a Jotunheim, con el simple encargo de patrullar, pero él y el Destructor nunca llegarán a su destino y el caos será sobrecogedor. —Loki miró bajo sus pies, al rostro de su padre dormido—. Odín, anciano, tu hijo predilecto por fin conocerá la vergüenza y no hay nada que puedas hacer para evitarlo.

—¡Vamos! —chilló, saltando del lecho—. ¡Vamos, queda mucho por hacer! —Loki no veía el momento de comenzar y dio unas enormes zancadas, radiante por el atractivo de la inminente maldad—. Debemos asegurarnos de que este nuevo sistema de control funciona como es debido y ponernos ahora mismo con los preparativos y demás.

Kvisa se esforzó por seguirle el ritmo y se encontró con él en la puerta. Mirando a su padre por última vez, Loki se guardó el cristal en el bolsillo. La magia antigua ya estaba a su alcance; la controló con manos expertas y ansiosas.

—¿Cómo vamos a llegar al Destructor? —dijo la enana con el ceño fruncido—. Nunca lo pierden de vista.

—Ya me conoces, Kvisa, lo tengo todo pensado.

La energía oscura de su magia los envolvió, protegiéndolos de miradas indiscretas mientras dejaban atrás a Odín. Fuera, el palacio estaba en calma; solo se oía un suave murmullo de voces lejanas y un golpeteo apagado de pasos. La luz del sol, clara

y plateada, se colaba a través de los delicados ventanales, a juego con la arquitectura de la propia sala. Mientras caminaban, no eran más que un truco de la luz. Avanzaron deprisa, sin que los guardias de palacio ni los cortesanos los vieran, pues Loki elegía las zonas menos transitadas. No obstante, no pudieron evitar pasar por una de las tres entradas al salón del trono; ese tramo del recorrido era, con diferencia, el que más probabilidades tenía de causar problemas.

Al acercarse al pilar blanco como el cristal que había a la entrada de la sala de audiencias, Loki vio un enorme cuerpo blanco tendido en el suelo. Era Thori, su perro infernal, que dormitaba con su papada gomosa sobre el suelo de mármol. El aire salía lentamente de sus fosas nasales y pataleaba, sumido en sus sueños, pero se despertó y comenzó a gemir cuando Loki se acercó.

—Sigue durmiendo —susurró Loki con cariño a la bestia. Se agachó y, con su mano invisible, le acarició la cabeza—. Perro bueno.

Thori suspiró babeando y volvió a bajar la cabeza.

Al igual que antes, les llegaron voces apagadas mientras cruzaban sigilosamente el amplio arco que daba a la sala del trono. No podían hacer nada, tenían que pasar por ahí.

Al final de la larga alfombra festoneada que conducía a los tronos, Loki distinguió dos figuras enfrascadas en una conversación; estaban tan cerca que su frente casi se tocaba. Eran su madre, la reina Frigga, y su hermano mayor, Thor. Insoportable. Peor aún, sus murmullos le llegaban con la precisión de las flechas que disparaba el arco de Ullr. La naturaleza cavernosa de la sala amplificaba cada palabra pronunciada, delatando incluso el más leve de los susurros.

—Deberías llevártelo contigo mañana —decía Frigga. Esta-

ba radiante, con un vestido fruncido de un suave turquesa cuya cola parecía la de una sirena. A su espalda, sobre las sillas de Frigga y Odín, estaban los cuervos Huginn y Muninn, vigilándola. Loki se ocultó y puso a Kvisa a salvo detrás del pilar que estaba al otro lado del arco de la sala del trono.

—En realidad, preferiría no hacerlo —respondió Thor cruzándose de brazos, desafiante. Su hermano no estaba vestido para viajar ni para batallar, no todavía, sino que llevaba una túnica de seda roja. Era el tipo de ropa que llevaban de niños cuando peleaban, un tiempo en el que Loki había aprendido la dura lección de lo que significaba que alguien te doblase en tamaño. Se decía que Odín, hijo de Bor, en parte había adoptado a Loki por compasión tras la caída del rey de los gigantes de hielo; no era más que una criatura encogida cuando lo encontraron, un retoño abandonado demasiado débil para sobrevivir solo al invierno. Thor lo había demostrado: era un hermano mayor despiadado cuando se trataba de pelear e inmovilizaba a Loki en el suelo delante de cualquiera, aplastando su cara contra la tiza pintada en el suelo, cuyo sabor permanecía en la boca del joven Loki mucho tiempo después de la derrota.

Odín se había llevado a Loki porque era muy frágil, pero este había aprendido. No había elegido las lecciones, pero tampoco las había olvidado.

—Estoy preocupada por él —continuó Frigga, soltando un suspiro—. Lo único que hace últimamente es holgazanear por el palacio. Me da miedo lo que pueda inventar su mente ociosa.

—Es un holgazán nato —dijo Thor riendo—. Deja que se quede aquí, vigilado por ti, donde no puede hacer daño. Si me acompaña a Jotunheim, estará demasiado tentado a cometer alguna maldad. Dale alguna tarea que lo distraiga y deja que yo me ocupe de mis deberes.

Frigga sacudió la cabeza, repentinamente triste.

—Es demasiado listo.

—Bah. —Thor simuló escupir al suelo—. Nunca usará esa inteligencia para el bien y por eso se te ha encomendado que lo mantengas recluido. Por la paz de Asgard y de todos los reinos, es necesario tomar tales medidas.

—Soy su madre —lo regañó Frigga con firmeza—. No su carcelera.

Thor no respondió; se encogió de hombros y se dispuso a marcharse.

—Jotunheim me espera —dijo dándole la espalda.

—Por supuesto, te mando todo mi amor.

Su amor. Thor estaba tan acostumbrado a tenerlo, que no hizo más que agitar la mano.

Loki se llevó a Kvisa fuera de la sala del trono, pues los pasos de su hermano se acercaban cada vez más.

—Deberían incluirte en esas discusiones —dijo Kvisa chasqueando la lengua.

—Eso es lo que tú consideras lealtad familiar. ¿Te trataban tus padres con respeto?

Kvisa dudó y se le ensombreció el rostro, algo solo perceptible para Loki.

—Mi padre también inventaba cosas, aunque murió cuando yo era muy joven. Mi madre estaba más interesada en el poder de los dioses, en la magia. También me quedé sin ella demasiado pronto.

—Qué bien, entonces, que este invento tuyo combine ciencia y magia.

Kvisa gruñó.

—Tal vez estarían orgullosos.

—¡Qué lujo!

—¿Es eso lo que quieres? —Kvisa señaló el bolsillo de Loki donde guardaba el cristal—. ¿Que el rey y la reina te miren con orgullo? ¿Cómo vas a conseguir tal cosa avergonzando a tu hermano?

—No me cuestiones —soltó Loki con desprecio—. ¿Quieres vengarte de Svansi y de mi madre o no?

La enana se calló y bajó la vista.

—Justo lo que pensaba. —Loki sacudió la cabeza, preocupado por sus preguntas de distracción—. Ahora, olvida que has oído sus palabras envenenadas. Siguieron caminando juntos y doblaron la esquina—. Y no vuelvas a hablar de su conversación.

—Pero...

—Nunca más —dijo entre dientes—. Guarda silencio, sigue adelante y haz lo que se te ordena.

Empujó a Kvisa, que dio un traspiés y se quedó en el sitio. La inquietante sensación de que lo estaban observando se apoderó de Loki, así que se detuvo, dio media vuelta y asomó la cabeza por la esquina del pasillo. Vio a Thor salir del salón del trono y dirigirse a sus aposentos. Lo observó marcharse. Cuando era pequeño, se quedaba despierto por la noche y oía la voz de su madre al otro lado de la pared. Estaba en la habitación adyacente acurrucada contra su hermano mientras le contaba un cuento antes de acostarse. A veces, hacía lo mismo con él, aunque a Loki no le gustaban sus historias, pues eran demasiado optimistas, llenas de héroes que nunca dudaban ni perdían. No se sentía representado. A menudo, Frigga lo entretenía con las asombrosas hazañas que acometería cuando se hiciese mayor. Nunca hablaba de su padre biológico ni de los gigantes de hielo. No, en sus historias, Loki era uno de ellos desde el principio y estaba destinado a sentir como ellos sentían, pensar como

ellos pensaban y actuar como ellos actuaban. La Reina de Asgard nunca se paró a pensar que aquel niño acurrucado a su lado no era un cachorro indefenso, sino un lobo esperando a que le crecieran los colmillos.

Y qué poca consideración para una madre, pensaba él, pedirle a un niño que no fuese él mismo.

Durante ese rato escuchando cuentos a escondidas, con el reconfortante ritmo de las palabras de su madre entrecortadas, Loki hacía una lista de todas las cosas que eran pequeñas pero muy peligrosas.

«Avispa, araña, escorpión...».

Una vez, cuando los hermanos eran adolescentes, Thor había regresado de una misión de exploración en Midgard con un extraño tanque lleno de agua. Se lo regaló a Loki con una mueca burlona, pues contenía una pequeña criatura con tentáculos. Thor lo llamó pulpo de anillos azules y le informó a Loki de que iba a ser su nuevo mejor amigo, pues era casi invisible, pero muy venenoso. Fandral y Volstagg, los cabezas de chorlito amigos de su hermano, se partieron de risa con la jugarreta. No pararon de reír hasta que Loki encontró la forma de extraer parte de ese veneno y echárselo en las gachas a Thor.

Loki se abstraigo del recuerdo. Al poco, perdió de vista a Thor, que atravesó otro arco, y en el palacio reinó un inquietante silencio. Si todo iba según lo previsto, detendrían a Thor en Midgard, lo herirían o, en el mejor de los casos, acabaría tan humillado por la destrucción y el caos que jamás volvería a asomar la cabeza por los salones de Valaskjalf.

«Adiós, hermano —pensó—. No voy a echarte de menos».